
PLAZA DOMINICAL

Miguel Angel Granados Chapa

Andreotti en México

Un hombre para discutir

G iulio Andreotti, primer ministro italiano, vino a México en una doble condición. Como presidente del consejo de ministros y uno de los grandes *capos* de la democracia cristiana, cumplió una visita oficial que incluyó imponer una condecoración, en ausencia, a Rufino Tamayo. Como autor de libros, Andreotti asistió a la presentación del que más recientemente se le ha editado y, de paso, cometió una pequeña majadería, agrandada por el descortés personal de la embajada de su país aquí.

Viene de la 1

SESION CAMARAL



Augusto Gómez Villanueva y Gonzalo Martínez Corbalá, ■ Foto: Fabrizio León

Se entiende que una visita oficial se desarrolla en los limitados contornos de un protocolo pesado, y dentro de plazos muy cortos en los que debe hacerse caber una multitud de actividades. Pero ocurre que Andreotti plantó a un periodista que, sin haberla solicitado, tenía programada con él una entrevista, en su calidad de autor. La cita había sido convenida entre la embajada italiana y la editorial Nueva Imagen, que tradujo el libro *Los Estados Unidos vistos de cerca*, cuyo subtítulo es "Del Pacto del Atlántico a Bush". Confirmado por la mañana el encuentro, el periodista acudió quince minutos antes de lo previsto, y se encontró con que el ilustre visitante había preferido retirarse a descansar en vez de hacer honor al compromiso que el personal de su representación diplomática había concertado en su nombre. El embajador, al tanto del percance, estaba demasiado cansado para expresar al afectado, cuyo tiempo y tareas son respetables, alguna palabra de disculpa.

La noche anterior, sin embargo, Andreotti se había mostrado relajado en el acto de la presentación del libro, comentado por el director del Fondo de Cultura Económica y ex presidente de la República, Miguel de la Madrid, quien fue cortesmente breve, y Rolando Cordera y Fernando Danel que no lo fueron... El periodista plantado por el primer ministro hubiera preferido comentar directamente con éste sus observaciones a la obra, antes que ponerlas en negro sobre blanco. Pero ya que no fue posible hará su trabajo acostumbrado.

El título de la obra es un tanto engañoso, porque se trata en realidad de un diario político y personal, una suerte de memorias donde menudean las informaciones sobre personajes y acontecimientos norteamericanos. Sigue la estructura ya desarrollada por Andreotti en sendas obras dedicadas a los soviéticos y los italianos. La que ahora llega a México será apreciada por dos clases de lectores, los interesados en la política internacional, en que Andreotti ha sido personaje principal (cinco veces primer ministro antes que ésta, y ministro de la Defensa durante ocho años, protagonista por ello de las vicisitudes de la OTAN), y también por los lectores de chismes con cierto picante y aun escándalo, aspecto en que el político italiano parece regodearse.

Sólo a modo de ejemplo de esta lamentable faceta, he aquí un párrafo derivado de sus apreciaciones sobre los secretarios de Defensa y de Estado norteamericanos, Robert C. McNamara y Dean Rusk: "Guardo un divertido recuerdo de un tercer personaje del equipo de MacNamara, el viceministro Roswell Gilpatric; me acompañó durante un viaje a San Francisco, y era su última actividad de gobierno, porque se veía obligado a reincorporarse a la libre profesión: el sueldo ministerial no le alcanzaba para pagar cada mes los alimentos de

las tres esposas de las que estaba divorciado. O bien su encanto de cincuentón era insuperable o, para su desgracia, ninguna de sus tres ex compañeras se había vuelto a casar y su mantenimiento recaía enteramente sobre él. Me pareció muy deseoso de que visitara la fábrica de tanques Foods Machinery (engañoso nombre), echándome a perder un agradable fin de semana que me había organizado a mí mismo en Disneylandia. Unos años más tarde, los periódicos publicaron una correspondencia muy amigable entre Gilpatric y Jacqueline Kennedy".

Iniciado en la política durante la guerra —en abril de 1983 sus amigos le festejaron cuarenta años de vida pública—, Andreotti ha sido un hombre muy discutido. Dos rasgos manifiestos brotan de la lectura de sus páginas. Por un lado, un clericalismo que nace de su gestión, junto con Aldo Moro, al frente de la Federación Universitaria Católica, y que se despliega en sus relaciones con altos dignatarios de la Iglesia, principalmente el cardenal Spellman de Nueva York. No es casual que, cuando recibió en noviembre de 1963 la noticia del asesinato del presidente Kennedy, y no obstante ser ministro de la Defensa, es decir ajeno a las cuestiones diplomáticas, su primera reacción consistió en dar aviso a los obispos norteamericanos asistentes entonces al Concilio Vaticano II. Por otra parte, el anticomunismo es también una constante en sus expresiones. Las últimas palabras del libro le sirven, en efecto, para alegrarse de las mudanzas de los dirigentes comunistas italianos Achille Occhetto y Giorgio Napolitano, que aceptan viajar a los Estados Unidos: "En el gran libro de la historia, las cuentas resultan siempre".

Andreotti, en cambio, no ha esperado largo tiempo para manifestar su adhesión a Norteamérica. Si bien no está ausente de sus páginas un cierto tono zumbón con el que se burla de algunos aspectos del carácter norteamericano, y no vacila en poner en so-

lfa la impericia del ex presidente Reagan para manejarse sin el auxilio de fichas en las conversaciones con sus homólogos, Andreotti no oculta su proyanquismo exagerado. Hasta manifiesta reproches por que no obstante esa inclinación de su ánimo personal y político, se le ponga en situaciones difíciles. En efecto, tiempo después de cumplida su misión, un embajador norteamericano en Roma, Graham Martin, hizo declaraciones "a propósito de fuertes financiamientos (CIA o similares) proporcionados a partidos y políticos italianos en 1972, para apoyar el sistema democrático. La noticia —son palabras del propio Andreotti— inscrita dentro de una amplia investigación del Congreso norteamericano, fue publicada en Italia primero por *Stampa Serà*, que hacía mención de fuentes fidedignas, y luego recogida por *L'Espresso* en una portada que pedía la expulsión de los ministros involucrados (yo, Donat Cattin y otros más) del gobierno".

Dolido por esa filtración, Andreotti escribió a su amigo, el embajador norteamericano John Volpe: "Precisamente los que siempre fueron y se honran por ser amigos de los Estados Unidos sin nunca haber recibido ni pedido beneficios personales o de grupo, tienen el derecho de no ver ningún tipo de sombra sobre aspectos tan delicados de corrección y de independencia". Al mismo tiempo, el político italiano buscó que el ex embajador Martin aclarara su versión, respecto de la cual el diplomático norteamericano (que arrió la bandera de su país en Saigón antes de llegar a Roma), guardó silencio. En un contraataque típico de su modo político y de su estilo como autor, Andreotti deplora e insinúa: "Su negativa a contestar me desagradó, además de que quería aconsejarme desmentir o aclarar la información recibida por los servicios secretos, según la cual había comprado a través de ellos una mansión en Toscana en los años sesenta".

Comprensiblemente, por su longevidad política, Andreotti (que antes de

ahora había viajado como particular a México, para visitar a una hija suya residente aquí) ha estado muy a menudo dentro de decisiones y actividades polémicas. Algunas de ellas tienen un intenso sabor político, pero otras lindan con lo policiaco. Entre las primeras sobresale su actuación en el asunto Moro. Como se recuerda, su amigo de juventud fue secuestrado en 1978, siendo Andreotti como ahora presidente del gobierno, por las Brigadas Rojas, que plantearon una negociación que el propio Moro aconsejaba entablar, en una dolida demanda para salvar su propia vida. De ese episodio se ha ocupado con lujo de dramatismo y aun ternura Leonardo Sciascia. No estaba en juego, solamente, la vida de uno de los mayores líderes democristianos italianos, acaso sólo menor que Alcide de Gasperi. Se ventilaba también uno de los fenómenos más sobresalientes de la política italiana de la posguerra, como era el acercamiento entre el partido católico y el comunista. Andreotti mostró una enorme frialdad, y haciendo caso omiso de los lazos que lo vinculaban con la víctima, rehusó negociar. Como es sabido, Moro fue asesinado y su cadáver apareció dentro de un automóvil abandonado en las calles romanas.

Entre los asuntos turbios en que se ha mezclado a Andreotti es notable la relación que se le atribuye con los delictuosos manejos financieros del Banco Ambrosiano y los misteriosamente desaparecidos Michel Sindona y Roberto Calvi. Con Michel Sindona, Andreotti había comido en Washington en 1974 y en su nueva obra escribe que "de vez en cuando alguien con ganas de fastidiarme vuelve a mencionar esa comida con Sindona". La excusa para su relación con ese banquero, muerto tan misteriosamente como Calvi, es exactamente la misma que el arzobispo Marcinkus —también involucrado en esos casos— dio a John Cornwell, el autor de una investigación sobre la muerte del Papa Juan Pablo I.

Consiste en aludir al prestigio del audaz financiero, Sindona, que había llegado a ser *chairman* del Franklin Bank de Chicago que era temido en mucho por muchos: "Es absurdo e incorrecto hablar de 1975 a la luz de los acontecimientos posteriores: derrumbe financiero, condena, intrigas mafiosas, extradición, desaparición, muerte misteriosa. No tengo elementos de juicio directo ni es este el lugar para entrar en detalles".

Concluyamos, en fin, con la calificación que sobre Andreotti ha escrito Eugenio Scalfari, que fundó el diario liberal *Repubblica*: "Andreotti no desaparece nunca. Andreotti no perdona. Andreotti no olvida. Tiene los ojos oblicuos como un mandarín chino, los labios estrechos como un jesuita del siglo XVII; camina en forma circunspecta, como quien quiere esconder a sí mismo su propia sombra. Tenerlo como enemigo puede ser peligroso o al menos altamente preocupante".